



# Quédate

Inma Bretones

La historia que te hará volver a confiar en el amor  
cuando creas que ya es demasiado tarde.

# Índice

[Quédate](#)

[Dedicatoria](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Nota de la autora](#)

[Sobre la autora](#)

[Agradecimientos](#)

[Créditos](#)

# Quédate

Inma Bretones

*A mis chicas Mastermind:*

*Izaskun Albéniz,*

*Pilar G. Cortés y*

*Laila R. Monge.*

*Amigas del alma y hermanas de letras.*

# Capítulo 1

Marta llevaba demasiado tiempo viviendo sepultada bajo montañas de papeles, expedientes, carpetas y archivadores y volviéndose loca con el timbre de varios teléfonos sonando a la vez en el despacho de abogados de su padre. Necesitaba escapar de allí. Sentirse libre y pisar de nuevo la naturaleza, respirar aire puro, y dejar atrás el asfalto.

Sentada ante el escritorio de roble macizo de su propio despacho, se recostó sobre el respaldo de su sillón de piel y cerró los ojos, los tenía cansados de tantas horas frente a la pantalla del ordenador, y se imaginó lejos de allí. Era invierno, por lo que pensar en el Caribe le quedaba demasiado lejos. Deseaba volver a la nieve, allí donde había pasado mucho tiempo durante su infancia y donde había sido tan feliz.

Necesitaba desconectar de todo aquello que le rodeaba y volver a recuperar esa parte de sí misma, que había olvidado con el estrés y las prisas del día a día. Quería volver a su particular paraíso. Ansiaba regresar a la montaña, al bosque. Volver a practicar esquí de fondo y recorrer nuevos caminos. Tenía ganas de estrenar sus nuevos esquíes, que aún le esperaban guardados en un rincón del trastero no sabía desde hacía cuánto.

Ansiaba empezar a dibujar un nuevo destino para ella, a la par que abría surcos en la nieve, lejos de todo aquello que le rodeaba y que le asfixiaba cada día más.

Se levantó, cogió su bolso de piel y su abrigo de *cashmere* y fue hasta el despacho de su padre. Entró sin llamar. No le importaba sorprenderle tonteando con su nueva secretaria, eso ya no era una novedad para Marta:

—Papá, me tomo unas vacaciones —le dijo desde la misma puerta y sin soltar el pomo. La secretaria, al escucharla, se puso en pie de un salto y salió corriendo del despacho pidiendo disculpas.

—¿Cómo que unas vacaciones? ¿Ahora? —contestó el padre con el gesto torcido y con la mano aún en el aire, que instantes antes Marta había visto que sujetaba el muslo de Ainhoa o como fuese que se llamase la nueva y demasiado joven secretaria—. Ahora no puede ser, tenemos mucho trabajo.

—Papá, he dicho que me tomo unas vacaciones, es innegociable.

—Te repito que no puede ser.

—Despídeme si quieres —le dijo dándose media vuelta y dejando que la puerta del despacho se cerrara tras ella. Tenía la certeza de que su padre no la despediría, porque era la mejor abogada del bufete, tal y como le repetía cada vez que ganaba un juicio.

Era veintidós de diciembre y mientras oía de fondo cómo los niños de San Ildefonso cantaban la lotería de Navidad desde la televisión del comedor, Marta preparaba su equipaje. Sabía que no le tocaría el Gordo, ni siquiera el segundo o el cuarto premio, porque ese año tampoco había jugado, pero le gustaba escuchar la cantinela de los niños, parecía que así era más Navidad. Además, el dinero no era un problema para ella ni para su familia, quizá si hubieran tenido menos dinero las cosas les habrían ido mucho mejor. Suspiró al pensar en sus padres, pero no quería ponerse a pensar en ellos, debía concentrarse en lo que estaba haciendo, no podía olvidar nada. Llenó una

maleta con la ropa de esquí y con ropa de abrigo suficiente como para pasar unos cuantos días fuera. No sabía cuándo regresaría, no había hecho planes, lo único que tenía claro es que quería pasar las Navidades lejos de Barcelona y en la nieve.

Cogió el teléfono y abrió la aplicación de reserva de apartamentos. Solo puso un filtro: «Apartamento en el Pirineo de alto standing», el resto no le importaba. Pulsó el botón de buscar y el primero que apareció en el listado de disponibles, lo reservó. Copió la dirección para el navegador del coche y guardó el móvil en el bolso.

Cerró la maleta como pudo, porque con tanta ropa de abrigo estaba muy llena y costaba cerrarla, se sentó encima, como había visto hacer en tantas películas, y al final consiguió que la cremallera ajustase las dos mitades de la maleta. Después, cogió el bolso y el abrigo y arrastrando la pesada maleta, cerró la puerta de su piso tras ella.

De camino al apartamento, del que solo sabía que estaba en los Pirineos de Lérida, pararía en un supermercado para comprar algo de comida para los días que tenía por delante. Pensaba comprar solo lo básico, porque seguro que cerca del apartamento habría varios restaurantes para esquiadores, pensó. Así se relacionaría con algo de gente, porque esperaba que en las pistas no se encontrara demasiados esquiadores durante los días de Navidad. Quería poder esquiar tranquila, a su aire, sin aglomeraciones. Necesitaba notar cómo el frío de la montaña le daba en la cara y oír el roce de sus esquís al abrir surcos sobre la nieve. Eso le hacía feliz, le recordaba a su infancia.

Rumbo a la nieve, condujo tranquila, disfrutando de su BMW, por supuesto, pagado por el bufete de abogados de su padre, y del paisaje que poco a poco dejaba de ser gris asfalto para volverse más verde y cubierto de una espesa manta blanca y helada. Mientras conducía recordaba la de veces que había ido con sus padres a la casa de Baqueira siendo ella bien pequeña. Les encantaba esquiar, por lo que querían que su pequeña fuera una gran esquiadora. Desde que tuvo apenas tres años, pasó los fines de semana de invierno ataviada con ropa y botas de esquí bajo las órdenes de Tomás, su querido monitor, quien le enseñó todo lo que ella sabía de aquel deporte.

Sin embargo, los fines de semana con sus padres en la nieve se acabaron pronto para ella. Cuando tenía seis años, su padre se lió con su secretaria. Su padre tenía debilidad por las secretarias rubias y jóvenes. Eulalia, después de enterarse de varias aventuras de su marido, decidió poner punto final a su matrimonio.

La madre de Marta sacó un buen pellizco de la separación. Compró varios pisos bien situados en el Eixample de Barcelona, y desde entonces ha vivido de las rentas de estos. Sin duda, su divorcio fue un negocio redondo para ella.

A partir de entonces, Marta fue a esquiar un fin de semana con su madre y otro con su padre. Pero siempre lo hizo sola, porque no tuvo ningún hermano que compartiese con ella ese ir y venir de casa a casa.

Con todos estos recuerdos paseándose por su cabeza y con las indicaciones del GPS, Marta llegó al apartamento que había alquilado esa misma tarde. No había muchos coches y pudo aparcar muy cerca de la puerta de entrada. Las fechas en las que estaba, ahuyentaban a la gente de la montaña y les hacía permanecer en sus casas junto a la familia.

A Marta esas fechas le hacían sentir más sola que el resto del año. Por eso, había preferido huir

de su realidad y perderse en un paisaje nuevo.

La verdad es que era un lugar precioso. La acera hasta la puerta del apartamento estaba toda cubierta de un espeso manto blanco. Para Marta, nada podía superar el crujir de la nieve bajo sus botas. Todo estaba nevado y adornado con luces por las fiestas navideñas. «Parece un paisaje de postal», pensó. Marta no pudo evitar sonreír como una niña al verlo y quedarse embobada contemplando el brillo de las luces de colores sobre el fondo nevado. Sin embargo, el viento, empezaba a soplar con fuerza y acercaba unas enormes nubes sobre su cabeza. Se ajustó la cremallera del abrigo, cogió la maleta y las bolsas con la comida que había comprado en el supermercado y entró en la enorme portería para resguardarse de la gélida temperatura del exterior. Ansiaba llegar al apartamento, darse un baño caliente y ponerse el pijama, el más grueso y calentito de entre todos los que tenía.

## Capítulo 2

El veintitrés de diciembre amaneció gris. Las enormes nubes que la noche anterior habían aparecido sobre la cabeza de Marta daban la sensación de que no se marcharían por unos días. Ocultaban el sol y teñían el cielo de un color grisáceo que auguraba que empezarían a nevar en breve. Sin embargo, a Marta no le daba miedo la amenaza de nieve, ni el viento gélido que soplaba. Ella tenía muy claro que había ido a esquiar y no habría nada que se lo impidiese. Además, se había llevado las botas y los esquís para hacer esquí de fondo, precisamente, porque le apetecía abrir caminos sobre la nieve, colarse entre los árboles y olvidarse del asfalto.

Eran las ocho y media de la mañana cuando se calzó los esquís, se cerró la cremallera de la chaqueta y se colocó las gafas protectoras. Después, cogió el telesilla que le llevó hasta la pista de esquí de fondo. Marta pensaba, mientras balanceaba los esquís desde lo alto del telesilla, en que, según le habían contado, aquella era una de las mejores de todo los Pirineos y se moría de ganas de comprobarlo por ella misma. Siempre que se montaba en el teleférico, pasaba un frío enorme. Además, en el que se había subido parecía que era muy nuevo, por lo que iba especialmente rápido y eso provocaba que la sensación de frío fuera aún mayor. A pesar de que se subió la braga y ajustó el gorro de lana y la capucha, notaba la cara congelada. «Espero que ahora, en cuanto empiece a esquiar, entre en calor», pensó.

Desde el telesilla pudo ver con más claridad la masa de nubes oscuras que cubría la parte de los Pirineos que alcanzaba a ver desde su posición. A pesar de que iba a bastante velocidad, podía contemplar el paisaje que tenía alrededor y bajo sus pies. Le encantaba verse rodeada de árboles gigantes cubiertos de nieve. Y lo mejor de todo es que en las pistas no había, prácticamente, ningún esquiador. «Tendré toda la montaña para mí», pensó feliz.

Cuando llegó a la zona que había elegido, bajó del telesilla y se adentró en la pista. Empezó a esquiar y como no había nadie a quien esquivar, ni adelantar, pasó muy rápido aquella pista. Volvió a coger el telesilla y subió a otra que estaba un poco más alejada, pero se encontró con lo mismo. Abría surcos en la nieve con sus esquís, como tanto había deseado hacer, pasaba entre árboles cubiertos de un manto blanco, pero empezaba a aburrirse. En su descenso, vio una zona vacía y cubierta de nieve tras muchos árboles, y pensó que quizá podría salir de la pista fuera de la zona de seguridad. Tenía ganas de buscar un poco de aventura. «Voy a pasármelo bien», dijo imaginando que encontraría grandes valles con nieve virgen, como le había sucedido en otras zonas de los Pirineos.

Antes de adentrarse en la zona fuera de la pista, se aseguró que no hubiese ningún empleado, ni ningún otro esquiador cerca que le viese salir de la zona habilitada. «Me muero de vergüenza si me pillan», pensó Marta ajustándose la braga porque cada vez el viento soplaba con más fuerza. Continuó avanzando en busca del lugar ideal, y pasó al otro lado de la valla. Empezó a esquiar ilusionada entre los árboles que parecía que abrían sus ramas para dejarla pasar entre ellos. Sin embargo, tras un rato de esquiar y por muchos metros que recorriese, no encontraba el valle de nieve virgen que tanto había imaginado. Pero no se apuraba, porque sabía que si ese día no lo encontraba, en cualquier momento podía dar media vuelta y regresar a la pista de donde se había salido y volver a probar nuevas rutas al día siguiente. Mientras continuaba avanzando entre árboles gigantes, un trueno asoló las montañas que le rodeaban con un gran estruendo. De pronto,



empezaron a caer copos de nieve. Al principio, parecía que caían despacio, pero enseguida empezaron a hacerlo con profusión, como una espesa cortina blanca.

Marta se resguardó bajo unos árboles, esperando que amainase, pero, lejos de parar, la nieve caía cada vez con más fuerza. Decidió que no podía esperar más, debía regresar, porque por lo que parecía, no pararía de nevar en un buen rato, y así le resultaría imposible disfrutar de la nieve. Prefería regresar al apartamento, quitarse la ropa de esquí, tumbarse un rato en el sofá bajo una manta y ver cómo nevaba desde allí.

Se ajustó bien el gorro de lana y la capucha y empezó a avanzar bajo la nevada de regreso a la pista. Paso a paso, pensaba que cada vez estaba más cerca del lugar de donde había salido, pero no era así. Los copos de nieve caían con tanta fuerza que no le dejaban ver mucho más allá de unos metros y estaba totalmente desorientada. Aun así, intentó avanzar cuanto pudo en dirección al lugar de donde ella creía que venía. Sin embargo, lo único que hacía era alejarse más y más.

Empezaba a estar cansada, le dolían los brazos y cada vez tenía las piernas más cansadas. Llevaba un tiempo sin hacer nada de deporte por culpa de todas las horas que pasaba trabajando en el bufete y se había quedado sin fondo. «En cuanto regrese a Barcelona me apunto al gimnasio y pienso ir cada día, pase lo que pase en el despacho», se dijo con decisión.

Perdió la noción del tiempo que estuvo intentando avanzar en su camino de regreso, hasta que, exhausta y perdida, decidió pararse bajo unos árboles y resguardarse de la copiosa nieve que no cesaba. Se quitó de encima como pudo la nieve que le cubría y respiró hondo en un intento de serenarse. Bebió un poco de agua que llevaba en el termo de la mochila y comió unas nueces. Necesitaba recuperar fuerzas para avanzar. Miró su teléfono, pero no tenía cobertura. «A esta altura no deben llegar los repetidores», pensó Marta con fastidio por la desorientación.

Intentó serenarse de nuevo, no ganaba nada pensando que estaba perdida en medio de una tormenta de nieve. Decidió que era el momento de continuar en su avance, cada vez el cielo se volvía más oscuro y la nevada era más copiosa, por lo que debía regresar. No sabía hacia dónde ir ni dónde estaba, pero si algo tenía claro era que allí no podía quedarse.

## Capítulo 3

Las horas pasaban y no conseguía encontrar la pista de esquí de donde había salido. Intentó mantener la calma, su trabajo le ayudaba a hacerlo siempre en situaciones difíciles. Respiró hondo y siguió avanzando, aunque cada vez sus piernas estaban más cansadas y los brazos le dolían de tanto clavar los palos para ayudarse a avanzar. Notaba las manos entumecidas y los dedos congelados bajo los guantes, que ya estaban empapados.

Empezaba a anochecer cuando entre la nieve, que continuaba cayendo, le pareció ver una luz a lo lejos. Respiró hondo y, sacando las últimas fuerzas que le quedaban, se acercó como pudo hacia ella sin saber demasiado bien qué era. Pero era la única señal de vida cercana que había encontrado desde el momento en el que decidió iniciar su particular aventura, y no podía dejarla pasar.

Según avanzaba pudo comprobar que aquella luz que había visto a lo lejos provenía de unas ventanas de una casa que, por lo visto, tenía el fuego encendido, porque por la chimenea salía humo. Suspiró al ver que, al fin, había encontrado un lugar donde quizá podrían dejarle un teléfono para pedir ayuda y, tal vez, le dejaran acercarse al fuego y entrar en calor.

Después de unos minutos de avanzar sobre la nieve, con el único deseo de que alguien le abriese la puerta de aquella enorme casa de piedra, llegó ante ella. Suspiró y llamó con los nudillos cubiertos por el grueso guante de esquí a la puerta de madera. Notaba las manos agarrotadas por el frío y por la tensión de agarrar con tanta fuerza los palos.

Mientras esperaba a que alguien abriese aquella enorme puerta, no podía dejar de pensar en que se conformaría con que le dejaran entrar y hacer una llamada para que vinieran a buscarla o, quizá, pasar la noche y esperar a que se hiciese de día y poder regresar al apartamento. Aunque, la verdad, en ese momento tras varias horas a la intemperie, no pensaba nada más que en que le dejaran pasar y poder entrar en calor. Necesitaba entibiar el cuerpo junto a ese fuego que hacía que saliese humo por la chimenea de la casa. Eso era en lo único en lo que pensaba.

Se notaba entumecida, le dolían las piernas y los pies de llevar tantas horas las botas de esquí. Necesitaba quitárselas y mover los tobillos y los dedos de los pies.

No contestaba nadie. «Quizá la casa esté vacía», pensó preocupada.

No podía desistir tan fácilmente. Llamó con más fuerza y esperó. Le castañeteaban los dientes como testimonio del frío y de los nervios que sentía. «No puede ser que haya llegado hasta aquí y que ahora no haya nadie dentro de esta casa», pensó incrédula.

Nadie contestaba. Acercó la oreja a la puerta retirándose un poco la capucha y el gorro que la cubrían. No escuchó nada. Caminó como pudo con las botas delante de la puerta para mantenerse en calor. Aprovechó para mirar por la enorme ventana que había en un lateral de la puerta, pero sólo alcanzó a ver la cocina. Desesperada, volvió a llamar más fuerte. No quería imaginar tener que pasar la noche a la intemperie, no sabía si lo resistiría con la que estaba cayendo y con aquel viento que cada vez soplaba con más fuerza. A punto de echarse a llorar ante la impotencia de ver que no podía entrar en aquella casa, golpeó la puerta con los bastones de esquí, no quería dañar la madera, pero era su única esperanza. Golpeó y gritó tanto como pudo.

Nadie contestaba, ni abría aquella puerta.

Decepcionada, se giró sobre sus talones para echar una ojeada al cielo, pensando en la noche

que le esperaba y comprobó desanimada, que ya estaba totalmente negro. Las nubes cubrían las estrellas y solo la luna se dejaba entrever entre el tupido manto gris que cubría el cielo. Sin saber qué otra cosa hacer, decidió que pasaría allí la noche, junto a la puerta, no tenía muchas más opciones. «Así, cuando lleguen los dueños, me verán y quizá me dejen entrar», pensó ajustándose la braga y la capucha del abrigo.

Cuando más resignada estaba a pasar la noche a resguardo del pequeño tejadillo que sobresalía de la puerta de entrada de aquella enorme casa, oyó un ruido tras la puerta. Abrió los ojos de par en par.

—¡Hola! ¡Hola! ¿Hay alguien? —gritó mientras aporreaba la puerta para hacerse oír sobre el fuerte viento que soplaba—. ¡Hola! Por favor, ¿pueden abrirme la puerta? ¡Necesito ayuda! —continuaba gritando.

Escuchó como la puerta se abría. Incredula por ver que al final su sufrimiento parecía acabar, se bajó la braga para descubrirse la cara y poder saludar a la persona que estaba al otro lado.

—¡Hola! —dijo el chico que apareció al otro lado de la puerta muy sonriente.

—¡Hola! ¡Buenas noches! —repitió Marta. Y se quedó parada al ver a un hombre muy alto y guapo, que le sonreía desde el otro lado.

«Me he muerto y he llegado a la puerta del cielo y un ángel me está abriendo», pensó al ver a ese dios de la belleza, que le daba la bienvenida a su particular paraíso.

## Capítulo 4

«Parece que esta noche va a ser de esas de pleno invierno en la que oscurece y amanece sin dejar de nevar», pensó Jean al mirar por el gran ventanal que tenía a su derecha desde el sofá de piel marrón frente a la chimenea.

Le encantaban esas tormentas de nieve, le gustaba sentirse seguro y caliente en casa junto al fuego. Y si, además, como ese día, podía hacerlo escuchando a Norah Jones en sus auriculares, no podía pedir más. Notar cómo la cantante cantaba solo para él y al oído, mientras observaba el danzar de las llamas en el fuego de la chimenea, era algo cercano al paraíso para él.

Aquella casa era su sueño hecho realidad. Estaba perdida en la montaña, lejos de la civilización y rodeada de naturaleza. Cuando la compró, la decoró a conciencia con un decorador que le costó un buen pellizco, aunque no le importó, aquello formaba parte de su nuevo proyecto de vida. Tampoco se le ocurría en qué otra cosa podía gastar el dinero de su cuenta corriente. «¿En coches?», se dijo. Tenía varios y ya habían dejado de hacerle ilusión. Por el contrario, tener una casa solo para él y en la que pudiese compartir experiencias con los montañeros que pasaran por allí, le parecía algo sin igual. Además, aquella casa también le permitía empezar de cero y dejar atrás un pasado que le había hecho demasiado daño.

Con la reforma y la cara decoración de toda la casa, consiguió que el salón, su habitación y las habitaciones para los huéspedes, e incluso la cocina y los baños, tuviesen un aspecto moderno pero, a la vez, acogedor.

Al fin había conseguido sentirse en casa, aunque estuviese lejos de sus padres y, afortunadamente, de su hermano pequeño, pero eso era algo en lo que prefería no pensar demasiado a menudo. Aún le dolía recordar lo que le había hecho Adrien rompiendo su relación para siempre y destrozando a sus padres y a su familia por completo.

Se sentía como hipnotizado observando el fuego. Aunque el estómago empezaba a rugirle pidiéndole algo de cenar. Pero estaba tan bien allí sentado y tan caliente, que le daba una pereza enorme ir hasta la cocina y ponerse a cocinar. Así que decidió olvidar el reclamo de su cuerpo concentrándose en el fuego, pero el hambre no le daba tregua, por lo que no le quedaba otra alternativa, que levantarse del sofá e ir a la cocina a prepararse algo para cenar. Tenía la despensa y el frigorífico llenos, así que imaginaba que encontraría algo que fuese rápido de preparar y que le apeteciese y poder acallar así su estómago.

En su camino hacia la cocina le pareció escuchar unos golpes. Pero como continuaba con la música puesta en los auriculares, supuso que ese martilleo debía haber sido causado por la gran tormenta de nieve que estaba cayendo o, quizá, el viento hubiese movido alguna rama de un árbol cercano y hubiese golpeado el tejado. Sin embargo, cuando pasó junto a la puerta de entrada oyó unos gritos. Se retiró los auriculares alarmado y volvió a escuchar la voz de alguien que pedía

ayuda. Fue rápidamente hacia la puerta de entrada, la abrió y fue entonces cuando descubrió lo que le pareció una mujer, que iba tapada hasta los ojos, con los bastones de esquí en una mano y los esquís en otra.

## Capítulo 5

—¡Hola! ¡Buenas noches! —le dijo la persona que tenía frente a él descubriéndose parte de la cara y sonriéndole.

—¡Buenas noches! —le respondió a la vez que descubrió que ante él tenía a una mujer y, por lo que podía ver, bastante bonita, y no pudo evitar que una sonrisa se le escapase de los labios.

—Necesito un teléfono, por favor.

—Pase, pase, no se quede ahí fuera con este frío. —le dijo echándose a atrás y abriendo más la puerta de madera maciza.

—Muchas gracias, pensé que no había nadie. —añadió con una sonrisa tímida.

—Disculpe, estaba escuchando música con los auriculares frente al fuego y no había oído nada.

—Pues ya estaba planeando pasar la noche en la puerta con la esperanza de que cuando llegasen los propietarios me dejaran pasar. —Sonrió de nuevo.

—Bueno, por suerte no ha tenido que esperar a la intemperie —le respondió Jean sin poder dejar de sonreír. Le gustaba la idea de tener compañía durante aquella tormenta de nieve.

—Sí, muchas gracias por dejarme pasar, me estaba quedando congelada.

—Pase, pase, no se quede junto a la puerta, entre al salón y póngase junto al fuego. Ahí seguro que entrará en calor rápidamente.

Marta entró mirando a su alrededor. Aquella sala le pareció preciosa. Tenía un techo alto de madera a dos aguas con una enorme chimenea y un gran sofá en piel marrón sobre una mullida alfombra de colores suaves justo delante del fuego. Al fondo, junto a la gran cocina abierta había una mesa de madera maciza con unas sillas que parecían muy cómodas, también sobre otra alfombra a juego con la que estaba junto a la chimenea. Detrás de la mesa había unas escaleras, también de madera, que llevaban al piso superior, donde imaginó que estarían las habitaciones. Se quedó embobada mirando a su alrededor mientras empezaba a calentarse las manos frente al fuego.

La casa que sus padres tenían en Baqueira era grande, pero ni de lejos le parecía tan bonita como aquella. Además, hacía tantos años que no había regresado, que ya no recordaba muchos detalles.

Marta estaba contenta, porque aquella casa que había encontrado y que le había salvado de pasar una noche a la intemperie bajo la gran tormenta de nieve era ideal para olvidarse del mundo. Se imaginaba junto a la chimenea, mientras contemplaba el fuego y oía caer la nieve, que cada vez cubría más la parcela que la rodeaba, y se sentía volar sobre las nubes.

Marta empezó a notar cómo el calor del fuego le calentaba la cara y las manos. En seguida le apeteció quitarse la chaqueta, porque iba tan abrigada que empezaba a sudar.

—Disculpe —la interrumpió Jean—. Si me quiere dar su chaqueta, la pondré en una silla junto al fuego para que se seque —le dijo al ver que Marta se estaba desabrochando el abrigo.

—Sí, muchas gracias —le dijo Marta sacándose la última manga. También aprovechó para sacarse la braga que le cubría el cuello y el gorro de lana, que no se había quitado desde que salió del apartamento esa mañana. Se acercó hasta donde estaba Jean colocando la chaqueta para poner la bufanda y el gorro en otra silla para secarles los restos de nieve.

Jean miró a Marta cuando se acercaba cargada con todas las piezas de abrigo que acababa de quitarse y no pudo evitar quedarse mirando fijamente a aquella mujer. Cuando la había visto por primera vez hacía unos minutos en la puerta, iba tan tapada que le había parecido una mujer madura. Sin embargo, ahora que la veía con un jersey de cuello alto ceñido al cuerpo y los pantalones de esquí y con la larga melena pelirroja suelta cayéndole sobre la espalda, había podido comprobar que era una chica algo más joven que él, con unos enormes ojos verdes y muy guapa.

Jean apartó la vista rápidamente al darse cuenta de que Marta le había sorprendido mirándola. No quería que pensara que era un baboso que acogía a gente en su casa pidiendo algo a cambio. Siempre era respetuoso con sus huéspedes, y con Marta no podía ser menos.

—No nos hemos presentado, soy Jean —dijo dándole la mano.

—Marta —le respondió encajándole la mano y dubitativa de si darle dos besos. Como vio que él mantenía la distancia con el apretón de manos, prefirió no lanzarse —. No sé si me podría prestar su teléfono para hacer una llamada.

—Sí, claro. El problema es que aquí solo tengo teléfono móvil y puede ser que con esta nevada tan tremenda se haya caído algún repetidor y estemos unas horas sin teléfono. A veces he estado incluso días... —dijo sacando su teléfono del bolsillo.

—Yo he estado todo el día sin cobertura, quizá con el suyo tengamos más suerte.

—Bueno, lo primero, mejor si dejamos de tratarnos de usted, ¿no crees? Creo que ambos somos más o menos de la misma edad...

—Tienes razón, disculpa. ¿Tienes cobertura? —insistió Marta mirando al móvil de Jean.

—Ni una rayita —contestó con fastidio Jean mirando su pantalla.

—¿Teléfono fijo no tienes?

—No, solo funciona con móvil. Normalmente hay algo de cobertura, pero hoy... —dijo mirando por la ventana viendo como caía la nieve sin cesar.

—Vaya, pues no sé qué voy a hacer —dijo Marta moviéndose por el salón comprobando si aparecía alguna raya de cobertura en la pantalla de su teléfono. «Aunque tampoco nadie me va a echar de menos», pensó. Pero eso prefirió no decírselo a Jean.

—Puedes quedarte aquí.

—¿Podría quedarme? —A Marta se le encendió la cara de emoción—. Puedo dormir en el sofá; yo me apaño. Y mañana por la mañana me marcho, imagino que la tormenta ya habrá pasado y podré regresar hasta mi apartamento.

—Claro que puedes quedarte, tengo habitaciones para huéspedes que alquilo a los montañeros que pasan por aquí.

—¡Oh! Pues genial, ¡qué bien! ¡ Te alquilo una habitación! —dijo Marta entusiasmada y dando palmaditas con ambas manos—. Me muero por darme un baño caliente.

—Claro, sube al piso de arriba y elige la habitación que quieras —dijo Jean mirando hacia las escaleras.

—¿Todas están libres?

—Sí, con este tiempo y en estas fechas, los montañeros no se atreven a venir por aquí. —Rio Jean.

—Bueno, algunos locos nos perdemos en la montaña con lo puesto —respondió Marta con una sonrisa cómplice.

—Sí, solo algunos... —respondió devolviéndole la sonrisa.

—Disculpa si abuso de tu confianza, pero te quería pedir otro favor... Solo llevo lo puesto,

¿podrías dejarme algo de ropa? —le pidió con una sonrisa tímida.

Jean miró a Marta, que medía poco más de metro sesenta, y pensó que toda su ropa le quedaría enorme, porque él medía casi dos metros, y no pudo evitar reírse al imaginársela.

—Sí, sí, ya sé lo que estás pensando —le dijo Marta riendo también—. Que soy un tapón a tu lado y que todo me irá grande...

Jean rio con ganas.

—Si me dejas un jersey me lo pondré con las mayas que llevo debajo de los pantalones de esquí. Será perfecto —le dijo con una amplia sonrisa.

—Pues voy a por tu jersey, entonces —le respondió dirigiéndose hacia su habitación que estaba en el mismo piso que el salón.



## Capítulo 6

Al final tuvo que acallar el hambre con un vaso de agua, mientras se esmeraba en preparar algo decente para cenar para su huésped y para él. Jean se sentía ilusionado de tener a alguien en casa. Daba por sentado que esos días tan cercanos a Navidad no pasaría nadie por allí, todos preferirían estar en sus casas con sus familias o en los hoteles cercanos a las pistas con sus seres queridos esquiando. Por lo que recibir la inesperada visita de una esquiadora perdida era una suerte para él. Le apetecía saber más cosas de ella, le había parecido una chica muy simpática y, si quería, podrían conversar durante el tiempo que se quedase en casa. Además, era tan guapa que solo mirarla ya era un regalo.

Hacía mucho tiempo que no recibía a huéspedes femeninas solas, siempre acudían a su casa parejas o montañeros masculinos solos, por lo que tener a una chica sola en su casa era toda una novedad.

Aquellos días de Navidad, Jean pensaba pasarlos a solas. Hacía años que ya no los compartía con su familia. Desde lo ocurrido con Adrien, prefirió no volver a sentarse a la misma mesa que él, por muy mal que le supiese por sus padres y por su hermano mayor. Pero la relación con su hermano pequeño se había roto definitivamente. Jean sentía que solo tenía un hermano: Henri, el mayor. Adrien había muerto para él.

Mientras Jean preparaba la cena, Marta se daba un baño caliente en el acogedor baño que tenía en la habitación que había elegido. Al igual que el resto de la casa, su dormitorio tenía ese toque cálido pero a la vez moderno.

En su habitación también había chimenea y se moría de ganas de meterse en la cama y dormirse con el fuego ardiendo de fondo. Nunca había tenido una habitación con chimenea, así que pensaba disfrutar de la experiencia tanto como pudiese.

Cuando salió del baño envuelta en un mullido albornoz corrió hasta delante de la chimenea y al calor del fuego, se puso de nuevo las mallas que había llevado debajo de los pantalones. «Esta noche las lavo en el baño y las pongo a secar aquí junto al fuego y mañana por la mañana estarán secas», pensó mientras se las subía. También se puso el jersey de lana de color blanco que le había dejado Jean. Al ponérselo le invadió el olor de él, aunque el jersey estaba recién lavado, su perfume aún se percibía. Al notar la gruesa lana sobre su piel desnuda, se le puso el vello de punta y supo que se le notarían los pezones, le avergonzaba que Jean le viera así, pero había lavado la ropa interior y acababa de ponerla a secar frente al fuego y no tenía nada más que ponerse. Esa noche iría solo con las mallas y el jersey de color blanco.

Mientras bajaba las escaleras, percibió el delicioso olor que le llegaba desde la cocina.

—La cena está lista... —le dijo Jean mientras la observaba prendado cómo bajaba las escaleras con el pelo suelto y húmedo sobre su espalda y su enorme jersey—. Espero que tengas hambre. —Miró a Marta desde los fogones.

—Mucha, casi no he comido nada en todo el día. —le respondió acercándose a la barra de la

cocina.

—Pues a la mesa, que esto ya está listo.

—Genial. —Le sonrió—. Oye, tienes acento... ¿francés?

—Justo, has acertado —le respondió sonriente Jean poniendo la carne sobre el plato—. Jean Saint-Mercier —le dijo dándole de nuevo la mano, después de limpiársela en el trapo de cocina que le colgaba del delantal.

—Marta Ribas —le respondió encajándosela de nuevo—. Oye, pues se te nota muy poco el acento, ¿eh?

—Sí, eso dicen... Imagino que los veranos que pasé de niño en la Costa Brava y todos los años que llevo trabajando con clientes de aquí me han ayudado mucho.

Jean acabó de servir la cena. Había preparado unos espárragos a la brasa junto con unos filetes. Como ambos estaban hambrientos, se sentaron a la mesa con ganas de acabar con lo que había en los platos.

—¡Oh, está delicioso, Jean!

—Vaya, ¡muchas gracias!

—O eres buen cocinero o yo tenía mucha hambre...

—Bueno, todo lo que sé de cocina he de agradecerérselo a Colette.

—¿Tu madre?

—No, la cocinera de casa de mis padres, que...

—Vaya, teníais cocinera y todo.

—Sí, ella cocinaba para nosotros, pero también para los trabajadores del viñedo.

—¿Viñedo?

—Sí, mi familia tiene viñedos y bodegas.

—Oh, vino y champán francés, ¡qué buenos!

—Mucho —respondió con una sonrisa triste.

—Bueno y ¿qué me ibas a contar de Colette? Que te he interrumpido...

—No, no te preocupes... —dijo a la vez que hacía un gesto con la mano para restar importancia—. Colette para mí es parte de la familia. De pequeño siempre estaba alrededor de su falda, como si fuera mi madre. Bueno, de hecho, como yo soy el mediano de tres hermanos y mis padres estaban muy ocupados con el negocio y con mis hermanos, siempre me quedaba un poco apartado. Me sentía solo y Colette siempre tenía un gesto de cariño o un trozo de bizcocho con una taza de chocolate caliente preparado para mí.

—Qué bueno... ¡Qué suerte tienes de tenerla! En casa de mis padres, bueno, en casa de cada uno de ellos, porque se separaron cuando yo tenía seis años, había servicio. En casa de mi padre siempre ha tenido un par de filipinas, pero, la verdad, es que nunca eran las mismas, porque las cambiaba cada dos por tres. Además, acostumbraban a ser chicas jóvenes y bastante trabajo tenían con mantener en orden la enorme casa de mi padre, como para emplear su tiempo en cuidarme a mí. Tuve varias *nannys*, pero también muy jóvenes y, la verdad, es que con ninguna de ellas llegué a tener un vínculo especial...

—Vaya, qué lástima...

—Bueno, imagino que quien establecía vínculos era mi padre, que aún ahora continúa contratando a sus empleadas jóvenes y guapas para convertirlas en sus amantes...

—¿En serio?

—Y tanto... De hecho, mis padres se separaron porque mi madre estaba harta de que mi padre tuviese una amante detrás de otra. Cuando no era su secretaria, era una chica del servicio o

cualquier otra, la condición especial es que tenía que ser joven y estar de buen ver.

—Vaya con tu padre...

—Sí, es todo un personaje... Aun hoy, que ya tiene sus años y unos cuantos achaques, sigue igual...

—Todo un donjuán.

—Bueno, yo no diría tanto. —Marta rio—. Y mi madre no creas que se queda a atrás...

—¿También es una rompecorazones?

—Nooooooo. —Volvió a reír—. Nada que ver. Ella con sus dos bichones malteses enanos y con su grupito de amigas tan teñidas y operadas como ella es feliz... —Resopló levantando las cejas.

—¿Y tus hermanos?

—No, no tengo hermanos. A mis padres, por lo visto, se les acabó el amor después de tenerme a mí o, quizá, mi padre cambió de secretaria y...

—Vaya culebrón... —Jean rio al escuchar a Marta.

—Bueno, ¿y tu familia y sus viñedos también dan para un culebrón?

Jean arrugó el entrecejo y apretó las mandíbulas con gesto serio.

—Ups... disculpa, ¿eh? No quería decir nada que te supiera mal —se apresuró a añadir al ver el gesto de él.

—No, no te preocupes —respondió relajando la cara—. Es algo reciente...

—Aún te duele, ¿verdad?

—Más que dolerme, me revuelve las tripas... —dijo tocándose el pelo.

Marta se mordió el labio inferior al darse cuenta de que había tocado un tema muy delicado para su compañero de mesa.

—Yo tengo dos hermanos...

—De verdad, no hace falta que me lo cuentes si no te apetece... Yo te he contado la historia de mi familia porque ha salido el tema, pero, de verdad, tú no tienes por qué hacerlo...

—No, prefiero contártelo, así empiezo a normalizarlo, ya es hora de que pase página... —dijo mirándole a los labios que Marta volvía a morderse.

—De esos dos hermanos, Adrien, el pequeño, que tiene ocho años menos que yo..., le pillé acostándose con la que era mi mujer en mi propia cama —dijo metiéndose un gran trozo de filete en la boca.

—¡Qué fuerte! —respondió con cara de sorpresa.

—Por lo visto no era la primera vez, llevaban un tiempo acostándose a mis espaldas y yo era tan idiota que no me había dado cuenta. Pensaba que su complicidad era por la buena relación que había habido siempre entre ellos. Cuando mi exmujer conoció a Adrien, él era solo un crío... Y después de unos años, me engañaron como un bobo... —explicó apretando de nuevo la mandíbula.

—Lo siento, debiste pasarlo fatal...

—Sí, muy mal... Después de firmar los papeles de divorcio, me fui de Francia y me compré esta casa. Desde entonces vivo aquí. Trabajo desde la distancia con la gestión de los viñedos y disfruto de la montaña y de la compañía de los montañeros que pasan por aquí.

—Menudo cambio...

—Sí, lo sé, pero necesitaba salir de allí... No soportaba compartir mesa con Adrien, no después de lo que vi...

—¿Y no has regresado más?

—Hace algo más de dos años que vivo aquí y no he vuelto, ni tampoco tengo planes de

hacerlo. Además, mis padres y Henri, mi hermano mayor, han venido a visitarme varias veces.

—¿Y estas Navidades no las vas a pasar con ellos?

—No, no las he vuelto a pasar con mi familia nunca más. Prefiero quedarme aquí junto al fuego...

—¿Solo?

—¿Tú vas a pasar las Navidades con tus padres? —Preguntó mirando por la ventana y viendo como la nieve seguía cayendo sin tregua y el viento volvía a soplar con fuerza.

—La verdad es que vine a la nieve con la intención de pasar aquí las fiestas, al menos, hasta antes de fin de año. Mis padres tampoco me van a echar en falta. Seguro que mi padre piensa que estoy con mi madre y viceversa. Así que prefiero no estar con ninguno de los dos.

—Vaya, tú tampoco lo tienes fácil...

—Y por ahora estoy aquí... En cuanto la tormenta me permita marchar hasta el apartamento que tengo junto a las pistas, lo haré y si no tendré que continuar hospedada en esta bonita casa —dijo mirando a su alrededor.

—Eres totalmente bienvenida —dijo limpiándose los labios con la servilleta que tenía sobre las piernas.

—Dos solitarios navideños haciéndose compañía. —Marta rio.

## Capítulo 7

A la mañana siguiente, la nieve continuaba cayendo en forma de espesa cortina. Marta se despertó tarde, el cansancio del día anterior la había dejado exhausta, y había dormido toda la noche profundamente. Además, meterse en la cama con el crepitar de las llamas de la chimenea de fondo hizo que se durmiera en seguida.

Jean estaba más acostumbrado a los efectos de dormir al calor de la chimenea, por eso se levantó bastante antes que ella y preparó el desayuno para cuando su huésped se despertase. También aprovechó para ir a buscar más leña al garaje y avivar el fuego del salón, porque el día prometía ser frío y todo parecía indicar que la tormenta de nieve no les daría tregua.

A Jean le encantaba la sensación de estar aislado del resto del mundo por la gruesa capa de nieve, que cubría la única carretera que llegaba hasta la casa. Tenía comida suficiente en el congelador, en la nevera y en la despensa como para no necesitar moverse de allí en al menos un mes, así que no le preocupaba en absoluto que la nieve continuase cayendo. Además, estaba encantado con su nueva huésped. A pesar de que estuvieran atrapados por los efectos de la tormenta, se sentía muy bien. Los recuerdos de la noche anterior aún daban vueltas en su mente y le hacían sonreír. Le gustaba recordar cómo ella se reía contando lo torpe que se sentía al haberse perdido, cómo se retiraba un mechón de pelo rebelde y se lo ponía detrás de la oreja y el brillo de sus ojos al calor de la hoguera.

Sin embargo, sabía que le costaría acercarse a Marta, porque no sabía si ella lo aceptaría ni tampoco si estaba preparado para otro mal trago en relación con las mujeres. El engaño de Yvonne y de su hermano, le había dejado tan tocado que, desde entonces, hacía ya casi tres años, no había vuelto a estar con ninguna mujer. A pesar de ser un hombre de treinta y cinco años muy atractivo, no se había atrevido a buscar pareja, le aterraba que le volvieran a hacer daño. No soportaría otra traición ni otro abandono.

Mientras contemplaba la nieve caer a través de la ventana y saboreaba un café solo que se acababa de preparar, oyó pasos en la escalera. Los peldaños de madera crujían cuando alguien los pisaba.

—¡Buenos días! Aquí no se puede ser discreta bajando las escaleras. —Marta rio desde lo alto.

—¡Buenos días! El frío hace que la madera cruja...

—He visto desde mi ventana que sigue nevando —dijo acercándose a él y dándole dos besos de forma natural.

Cuando Jean sintió el roce de los labios sobre su áspera mejilla y olió el dulce aroma que desprendía su melena, se quedó parado. No se esperaba que ella le besase para darle los buenos días, sus huéspedes no solían mostrar un comportamiento tan cercano con él. Todos habían tenido un trato mucho más distante y formal, pero Marta... «Marta es especial», pensó Jean con una media sonrisa en los labios, mientras la contemplaba cómo miraba la nieve caer a través del gran ventanal del salón.

—Sí, no ha parado en toda la noche. —Carraspeó reponiéndose del contacto con ella.

—Pues parece que vamos a tener que pasar la Navidad juntos... —dijo girándose hacia él con los brazos en jarras.

—Eso parece...

—¿Cuál será el menú, señor chef?

—Pues, la verdad, es que ni lo he pensado —dijo levantando las cejas—. Por ahora, ¿te va bien un café?

—Me va perfecto. —Sonrió y le guiñó un ojo.

—Podría preparar lo que siempre cocina Colette para esta noche, aunque no sé si tendré todos los ingredientes...

—Pues más nos vale, porque no está la cosa como para acercarse al supermercado. —Marta rio.

—La carretera está totalmente cubierta, y dudo mucho que hoy pase el quitanieves, y mañana tampoco —respondió divertido al ver la espontaneidad con la que le trataba ella, a pesar de que eran, prácticamente, unos desconocidos.

—En Navidad se para el mundo.

—Por completo, y como se deben pensar que esta casa estará vacía..., ¿para qué perder el tiempo limpiando la carretera?

Mientras desayunaban lo que Jean había preparado antes de que se despertara Marta, él no podía dejar de observarla y cada vez la veía más bella. Le gustaban sus movimientos simpáticos a la par que gráciles y su sonrisa le dejaba embobado, tenía unos dientes blancos y uniformes tras unos labios gruesos y rosados.

No quería que Marta se diese cuenta de cómo la miraba, quizá se sintiese asustada o ve a saber qué, pensaba Jean, por eso intentaba disimular cuanto podía. Lo último que deseaba es que se marchase de la casa y menos bajo aquella espesa tormenta de nieve.

—Vaya, veo que mi jersey te queda un pelín justo —ironizó Jean al ver lo grande que le quedaba.

—¿Justo? —Rio poniendo los brazos en cruz y dando una vuelta sobre ella misma para mostrarle el jersey—. Me queda como un vestido. Además, las mallas las lavé y las puse a secar delante de la chimenea y esta mañana ya estaban secas y calentitas —dijo sonriente.

—¿Las has lavado a mano? Tengo lavadora y secadora, ¿eh?

—Ups..., no lo pensé. Estoy acostumbrada a ser autosuficiente... No te creas que yo tengo servicio en mi casa, aunque mis padres sí. En mi piso de Barcelona vivo sola y yo hago todo —contestó levantando una ceja haciéndose la interesante.

Jean la contemplaba pensando cuánto empezaba a gustarle Marta, no solo por su belleza, sino por lo sencilla que era. Aunque odiaba hacerlo, no podía evitar compararla con Yvonne, quien se había encargado de contratar a las tres personas de servicio que tenían en casa después de casarse. Ella solo se ocupaba de cuidar su apariencia, a golpe de bisturí y de caros tratamientos y productos de belleza, para mostrarse perfecta ante los demás. A diferencia de la preciosa y sencilla mujer que tenía delante, su exmujer era muy superficial y artificial.

A Marta cada vez le gustaba más el contacto cercano con Jean, no solo por lo atractivo que era, sino porque se mostraba como un hombre vulnerable. Una persona a la que habían hecho daño, a quien habían traicionado dos de las personas más importantes de su vida y había tenido que huir

para reconstruirse a partir de sus escombros. Le parecía un hombre luchador y con una gran capacidad de resiliencia, algo que le encantaba. Los hombres con los que ella se había relacionado durante los últimos años eran personas con un gran concepto de sí mismos y que pasaban por encima de quien fuese para conseguir lo que se proponían. Pero por lo que sabía de Jean, por suerte, él parecía bastante diferente a ese prototipo de hombre tan familiar para ella y que tanto daño le habían hecho.

## Capítulo 8

Cuando acabaron de desayunar, Marta se sentó en el sofá delante del fuego y contempló con calma lo que la rodeaba. Frente a ella tenía la chimenea, cubierta de piedra, igual que el exterior de la casa. A la derecha del sofá, donde estaba sentada, había una enorme mesa de madera maciza, en la que habían cenado y desayunado, y al fondo, la cocina abierta al salón. A su izquierda estaban las escaleras de madera para subir al piso superior, donde se encontraban las habitaciones de huéspedes, y bajo las escaleras había una gran estantería. Jean no tenía televisión, solo esa gran estantería llena de libros, bajo el hueco de la escalera.

Marta, que era una curiosa empedernida, se levantó del sofá y se acercó hasta la gran estantería. Leyó cada uno de los títulos de los libros que alcanzaba a leer desde su altura, girando la cabeza de lado a lado, para poder descifrar qué ponía en cada uno de los lomos. La mayoría de los libros que había allí estaban en francés, y también había algunos en castellano, y era con ellos con los que Jean pasaba la mayor parte de su tiempo de ocio.

—¡Qué curiosa es la señorita! —le dijo Jean al sorprenderla junto a la estantería.

—No entiendo la mitad de los títulos...

—¿No me digas que no sabes francés? —dijo Jean desde la barra de la cocina secándose las manos.

—Ni media palabra... —Se giró Marta para responderle.

—Pues estamos bien —dijo Jean haciéndose el indignado.

—Tendré que utilizarte como traductor —bromeó Marta.

—Me gusta cómo suena eso. —Le guiñó el ojo.

—Vaya, ¿quieres que te utilice?

—Me dejo completamente —respondió estirando los brazos hacia ella.

—Suena bien, suena bien... Veo que eres un gran lector —dijo Marta cambiando de tema.

—Bueno, desde que vivo aquí leo mucho. En verano aprovecho los árboles que rodean la casa para poner una hamaca colgante y ahí me paso las horas leyendo, y ahora en invierno me encanta hacerlo junto a la chimenea.

—¡Qué afortunado eres! Yo no tengo momentos de ocio ni en invierno ni en verano. El trabajo me tiene absorbida por completo... —dijo con fastidio.

—¿A qué te dedicas?

—Pensaba que te lo había dicho. Soy abogada en el bufete de mi padre.

—Vaya, tengo ante mí a la hija del jefe —bromeó.

—Bueno, no te creas que me sirve de mucho, porque creo que hago más horas que ninguno de los abogados que trabajan en el bufete. Mi padre me exige mucho, desde pequeña ya era estricto conmigo, siempre tenía que ser la mejor en todo, si no, no le parecía suficiente... Pero ya me he hartado. Estoy cansada de ser siempre la hija perfecta.

—No sabes cómo te entiendo. —Resopló Jean pensando en que a él le había pasado lo mismo con su familia.

—Y por eso hace un par de días me harté y le dije que me iba de vacaciones.

—Así, ¿sin más?

—Sin más. Hice la maleta, cogí el coche y me vine para la montaña... Y el resto creo que ya



lo conoces.

—Y llegaste aquí perdida y congelada de frío.

—Exactamente. —Marta rio—. Bueno, oye, esto es una casa de huéspedes, ¿verdad?

—Por supuesto.

—Pues yo todavía no he hecho el *check-in*, ni la reserva, ni he pagado nada...

Jean rio ante las palabras de Marta.

—¿Y cuál es el problema?

—Pues que he de pagar...

—Señorita Marta, déjeme decirle algo, y no puede decir que no...

—A ver, miedo me das.

—Usted va a ser mi invitada. Ya que nos haremos compañía estas Navidades, este será mi regalo para ti en estas fiestas —le dijo mirándole a los ojos.

—No, Jean, esto es un negocio, si vas invitando a todos tus huéspedes...

—A todos mis huéspedes, no, a ti, porque eres especial —le dijo Jean tomándola de una mano.

—Muchas gracias, Jean, no solo por invitarme, que me parece una pasada, si no por decirme que soy especial... No sabes cuánto tiempo hace que nadie me ha hecho sentir así. —Y cuando acabó de hablar, Marta se acercó y le abrazó emocionada.

Al sentir el cuerpo de Marta junto al suyo, se estremeció. Hacía mucho que no tenía tan cerca el cuerpo de una mujer que no fuera de su familia. Él le correspondió en el abrazo acariciando su larga melena mientras tanto.

—Me encanta el aroma de tu pelo —se le escapó en un susurro.

Marta le respondió con una sonrisa al separarse de su abrazo.

—Bueno, ¿y qué vas a preparar para la cena? Porque aquí te veo muy relajado —bromeó Marta para desviar la atención de lo que acababa de decirle Jean.

—Pero si todavía faltan varias horas —dijo él mirando su reloj de pulsera.

—La cocina tradicional es lenta. —Le guiñó el ojo mientras se dirigía hacia la cocina—. Y digo yo que cenaremos a la hora francesa, ¿no?

—¿Vas a ser la chef? —dijo divertido siguiendo los pasos de Marta.

—Perfecto, yo mando y tú cocinas. —Rio descarada.

Jean se abalanzó sobre ella haciéndole cosquillas.

—Pero ¡qué cara tienes! —bromeó él—. ¿Acaso sabes cocinar?

—Cocina de supervivencia. —Marta rio de nuevo.

—¿Supervivencia? ¿Cocinas en medio del desierto?

—Cocino lo justo para no morirme de hambre y sobrevivir. —Le guiñó el ojo mientras buscaba un delantal con la mirada.

Ataviados con los delantales, Jean accedió a empezar a preparar la cena. Aunque no tenían mucho por hacer, porque eran solo dos y acostumbrado a las grandes cenas que había visto preparar a Colette tantas Navidades en su casa, aquello le parecía un juego de niños. Pero accedió a empezar a prepararlo con tiempo, así podrían hacerlo tranquilamente. Además, le apetecía estar con Marta y aquello le pareció la excusa perfecta.

Empezaron a preparar el segundo plato, que era el más laborioso y el que les llevaría más tiempo. Jean había elegido un pato asado, que acompañaría con un puré de castañas y otro de patata con un toque de manzana. Como ella no sabía cómo se cocinaba aquella receta, decidió

seguir las instrucciones que le iba dando Jean, mientras bromeaba con todo lo que le decía.

—¿Contigo no se puede trabajar seriamente? —le dijo él mientras le miraba de reojo con las manos sucias—. ¡La llamo al orden, señorita pinche de cocina!

—A sus órdenes, chef —le respondió poniéndose en posición de firmes con una sonrisa divertida en los labios.

Cuando acabaron de preparar los purés y dejaron listo el pato para meterlo al horno, Jean preparó los ingredientes del bizcocho para el postre.

—Del postre te encargarás tú —le dijo él tocándole la punta de la nariz con el dedo índice.

—¡Qué honor, chef! Pues dígame qué he de hacer.

—Lo primero, el bizcocho.

Con más risas, Marta preparó el bizcocho y lo pusieron a hornear.

—Esto estará enseguida, porque al ser una placa de bizcocho en apenas unos minutos estará listo —le explicó él mientras miraba a través del cristal del horno.

—Pues aprovecharé para sentarme un rato frente al fuego, que me tiene explotada de tanto trabajar —bromeó Marta.

—¡Tendrás cara! —respondió él sin quitar la mirada del horno.

Cuando el bizcocho estuvo frío, se volvieron a poner manos a la obra.

—Primero tienes que untarlo con una gruesa capa de crema de chocolate, después tendremos que enrollarlo para que tenga forma de cilindro y volveremos a cubrirlo de chocolate por fuera. —le explicó muy serio y concentrado.

—¡Qué pecado! ¡Cuánto chocolate! —dijo Marta mirando con ojos golosos la tableta de chocolate *fondant* que tenían a su lado para preparar el postre.

—Se mira, pero no se toca, ¿eh? —bromeó él.

Mientras ella untaba la capa de crema de chocolate sobre el bizcocho, él deshacía al baño María la tableta de chocolate a fuego muy lento, como le gustaba a él hacer las cosas, como le había enseñado Colette desde niño.

Marta acabó enseguida de cubrir toda la superficie del bizcocho y con la ayuda de Jean empezaron a enrollarlo para que tuviera forma de tronco. Cuando lo tuvieron colocado sobre una bandeja, Jean le cortó las puntas de forma oblicua y puso los dos trozos junto al cilindro, intentando imitar dos ramas cortadas. Entonces ella empezó a repartir el chocolate por encima del bizcocho, untándolo con una espátula. Cuando acabó, mientras esperaba a que se enfriase un poco el chocolate para hacerle unas marcas con un tenedor, que imitasen la rugosidad de la corteza del tronco, mojó un dedo en los restos de chocolate que habían quedado y manchó la punta de la nariz a Jean. Al ver lo que le había hecho Marta y observar cómo salía corriendo hasta el otro extremo del comedor, él se mojó los dedos en chocolate y fue en su búsqueda.

—Esto es para ti —le dijo desde la barra de la cocina mostrándole el dedo índice y corazón manchados de chocolate y fue tras ella.

Al final acabaron los dos con la cara manchada de chocolate y muertos de risa. Cuando se dieron cuenta volvían a estar abrazados, cuerpo a cuerpo, pero esta vez tumbados sobre el sofá. Se miraron fijamente y juntaron las puntas de sus narices. Jean se quedó embelesado con los bonitos ojos de Marta, le parecía que mirarla a los ojos paraba el mundo que le rodeaba.

Fue entonces cuando sin ser capaz de reaccionar, Marta le dio un breve y dulce beso. Cuando notó el contacto de la boca de ella sobre la suya, se levantó del sofá como un resorte.

—Se enfriará demasiado el chocolate y no podrás hacer las marcas de la corteza del tronco —dijo apresuradamente colocándose bien el delantal y sin ser capaz de mirar a Marta que aún estaba tendida sobre el sofá de piel.

## Capítulo 9

Empezaron a cenar más tarde de lo que había previsto Jean. Pero habían merendado crema de chocolate con unas galletas y no tenían hambre a las seis, que era la hora francesa a la que pretendía empezar a cenar él.

—El horario francés no está hecho para mí —le dijo Marta mirando el reloj y viendo que eran las siete pasadas.

—Ya sabía yo que acabaríamos cenando a la hora que quisiera usted —bromeó Jean.

—Bueno y todavía me he de arreglar para la cena.

—¿Arreglar?

—¡Por supuesto!

—Pues que sepas que no tengo ningún vestido mono para dejarte —dijo Jean guiñándole un ojo.

Al final, Marta se vistió con un jersey de lana rojo de Jean y se puso un cinturón de él anudado a la cintura y las mismas mallas que llevaba.

—Mira, ¿ves? —le dijo cuando estuvo lista dándose la vuelta frente a él para que pudiera verla—. Vestida de gala para la ocasión —bromeó.

—Vaya, tendré yo que ponerme el esmoquin entonces...

—Con que te cambies esta camiseta manchada de chocolate, será suficiente.

Jean, que no se había dado cuenta de que iba manchado, se miró donde Marta le señalaba.

—Ahora vuelvo, no empieces a cenar sin mí, ¿eh? —le dijo mientras se dirigía hacia su habitación quitándose la camiseta mientras tanto.

Se sentaron a la mesa con el primero servido en dos bandejas de loza blanca. Habían preparado *foie* con higos y una tabla de quesos con unas finas tostadas de pan muy crujientes.

—La verdad es que nunca había cenado la noche de Navidad solo con una persona —dijo ella al sentarse a la mesa.

—Yo he cenado a solas los dos últimos años, por si te sirve de consuelo.

—Lo siento.

—No, no, mi soledad es elegida. Yo decidí venir aquí y no regresar al viñedo... —dijo Jean con gesto serio.

—Las Navidades en mi casa, bueno en la de mi padre y en la de mi madre, porque no recuerdo las Navidades cuando aún estaban juntos, siempre han sido con mucha gente alrededor de la mesa. Pero no te creas que precisamente eran familiares. Ninguno de mis padres tiene una familia muy extensa, pero sí muchos amigos, conocidos y compromisos. A mis padres siempre les ha gustado quedar bien con la gente y en Nochebuena hacían unas cenas pantagruélicas e invitaban a todo el mundo. Por lo visto, así creían que hacían la buena acción del año y los 364 días restantes podían hacer lo que les saliese de las narices, sin importarles las consecuencias.

—Jo, Marta, lo siento.

—Bueno, no te creas que me afectaba mucho... Yo cenaba y me metía en mi habitación. Me ponía a jugar o a escuchar música cuando era más mayor y me acababa quedando dormida antes o

después —explicó levantando los hombros.

—Las Navidades en mi casa eran muy diferentes a las tuyas. En la mía sí que nos juntábamos toda la familia. Tanto mi padre como mi madre tienen tres hermanos cada uno y con sus respectivos hijos hacíamos un buen grupo. Como la casa de mis padres es tan grande nos reuníamos allí y comíamos y disfrutábamos hasta la hora en que nos íbamos a la cama, a esperar a que viniese Papá Noel —le explicaba con una sonrisa llena de melancolía—. Ahora, en cambio, ya no queda nada de todo eso. Algunos de mis tíos murieron y mis primos han hecho cada uno su vida, bueno, la hemos hecho todos, porque fijate dónde estoy yo... Viviendo solo en otro país a no sé cuántos kilómetros de distancia y sin intención de volver en Navidades ni en ninguna otra fecha...

—Me sabe mal por ti que hayas perdido esa unión con tu familia...

—Sí, a mí también, pero hay cosas que no se pueden perdonar —respondió bajando la mirada y apretando los puños.

Siguieron con la cena y llegaron al segundo plato. El pato con los purés de castañas y de patata con manzana les había quedado delicioso y comieron tanto como hablaron.

—Bueno, yo te he contado que estoy divorciado, pero ¿y tú? —le soltó Jean a bocajarro.

Marta se atragantó ante esa pregunta tan directa. Carraspeó para pasar el bocado de pato que se le había quedado atragantado, bebió un poco de agua y se limpió los labios antes de hablar.

—Yo estaba prometida hasta hace algo más de dos años...

—¿Y qué pasó?

—Cuando faltaban unos meses para la boda, me dijo que no estaba seguro de si me quería...

—Joooooder —soltó Jean dejando los cubiertos sobre el plato—. Debiste pasarlo muy mal.

—Fatal, pero bueno... Acabé superándolo, después conocí a otro chico y, bueno, no acabó de cuajar la cosa, somos amigos, sin más... —respondió Marta apartando la mirada y llevándola hacia la ventana—. Sigue nevando sin parar —añadió para cambiar de tema.

—Sí, blanca Navidad..., me siento como Frank Sinatra —bromeó Jean.

## Capítulo 10

—Buff..., estoy llenísima —dijo comiéndose la última cucharada del trozo de tronco de Navidad que se había servido.

—Pero si no has comido casi nada —respondió él masticando con ganas un bocado de el gran pedazo de tarta que tenía en su plato.

—Suelo cenar muy poco.

—Pero si no te hace falta guardar la línea, estás qué crujes —soltó Jean.

—Ay, gracias, me voy a poner colorada —bromeó Marta.

—Pero, por favor, ¿qué hacemos comiendo el postre sin champán? —dijo Jean dejando la cuchara de postre sobre el plato.

—Oh, ¡socorro! ¡Qué sacrilegio! —Marta rio.

—No te muevas ni un pelo que ahora mismo regreso —dijo él levantándose de la silla.

Mientras ella reía en el comedor, Jean corría hacia la nevera para sacar el champán que llevaba días enfriando para esa noche. Cuando lo eligió pensó que lo tomaría solo, pero ahora que sabía que estaba tan bien acompañado puso a enfriar otra botella más.

El tapón de corcho de la botella saltó por los aires y Marta aplaudió, mientras Jean se apresuraba en servir el champán en las dos copas que había traído junto con la botella.

—Chinchín —dijo Marta levantando su copa y haciéndola chocar con la de él.

—No bebas, no bebas... Hagamos un brindis primero —le interrumpió Jean, cuando ella justo ponía los labios en el borde de la copa.

—Mmmmm, por... ¡esta blanca Navidad! —Marta rio mirando hacia la ventana viendo los copos de nieve que continuaban cayendo sin cesar.

—Chinchín ... —dijo Jean chocando su copa con la de ella—. Ahora me toca a mí... A ver, brindemos por... ¡esta buena compañía!

—Brindemos... ¡por nosotros! —contestó Marta, y chocó su copa con la de él.

Mientras bebían se miraban a los ojos, sintiéndose abrumados por la felicidad que les causaba la compañía de un extraño en una noche tan familiar como aquella.

—¿Ponemos música? —preguntó Marta de repente.

—¿Villancicos? Mira que yo solo me los sé en francés...

—Ups..., pues yo solo en castellano...

—Siempre nos quedará Frank Sinatra... —Jean le guiñó un ojo mientras buscaba en su teléfono una lista de reproducción con los villancicos clásicos de Navidad de Frank Sinatra y otros cantantes.

Cuando empezó a sonar la música por los altavoces del equipo de música que tenía Jean en el salón, Marta se levantó de la silla y poniéndose frente a él le dijo:

—¿Me concede este baile?

Jean le tendió la mano sin pensárselo y estuvieron bailando al son de las canciones de Frank Sinatra, Diana Krall, Michael Bublé y varios intérpretes más un buen rato entre sorbo y sorbo a sus copas de champán. Sin darse cuenta, en cada canción bailaban más abrazados y se miraban

más acaramelados.

Jean contemplaba embelesado los ojos de Marta, que cada vez le parecían más bonitos y brillantes, y esta le respondía perdiéndose en los suyos. Ella apoyaba la cabeza sobre el pecho de él y notaba su corazón latir, agitado. Jean le acariciaba la espalda y recorría con la mano su larga cabellera. Ambos se sentían flotar sobre el suelo de madera al son de la música que les envolvía. Volvieron a mirarse y esta vez Jean no pudo resistirse y posó sus labios sobre los de Marta.

—*Merde*, la luz —renegó de pronto Jean en francés.

Se había ido la luz y se habían quedado prácticamente a oscuras, solo les alumbraban las llamas que bailaban sobre los troncos de la chimenea.

—Espera, no te muevas, voy a buscar velas —le dijo a Marta.

Jean puso varias velas por todo el comedor, sobre la mesa donde habían comido, en la barra de la cocina, en una pequeña mesa que había junto al sofá y al pie de las escaleras.

—Esperemos que venga pronto —dijo Marta.

—Seguro que es por culpa de la tormenta. Llevamos varios días con mucha nieve y al final... pasa lo que pasa —dijo señalando al techo de donde colgaba una bonita lámpara.

—Pero, bueno, que siga la fiesta, ¿no? —añadió Marta.

—Será con la música más baja, porque nos hemos quedado sin el equipo de música...

—Nos tendremos que conformar con el volumen de tu teléfono.

—Será suficiente —dijo Jean volviendo a abrazarla y besándole el pelo.

Marta se agarró a su cuello y siguieron bailando alumbrados por la tenue luz de las velas y del fuego de la chimenea. Después de un buen rato de bailar canción tras canción, se sentaron en la alfombra a observar el fuego mientras continuaban dando pequeños sorbos de sus copas de champán con la música aún de fondo.

—¡Qué lujo de Nochebuena! —susurró Marta mirando la chimenea con una media sonrisa.

—El lujo es la compañía —dijo Jean girándose hacia Marta y besándola como hacía tiempo que no besaba a ninguna mujer.

Se perdieron entre sus besos, abrazados y al calor del fuego hasta que se quedaron dormidos acogidos por el cálido abrazo de la chimenea.

Las primeras luces de la mañana despertaron a Jean, que, incorporado sobre un brazo, se entretuvo en contemplar el plácido sueño de Marta. No se cansaba de mirar lo bonita que era aquella mujer a la que había besado la noche anterior. Le hubiera gustado llegar más allá, pero sus miedos no se lo permitieron, renegó para sí apretando los dientes.

Decidió volver a tumbarse al lado de ella y abrazarla para acunar su sueño. Notarla tan cerca le hacía sentir muy bien, algo que hacía demasiado que no experimentaba junto al cuerpo de una mujer, suspiró.

Una hora después, Marta se desperezó entre los brazos de Jean y al verlo abrazado a ella le sonrió.

—Buenos días, ¡feliz Navidad! —le susurró dándole un suave beso en los labios.

—¡Feliz Navidad, preciosa! —le respondió el acariciándole la espalda y devolviéndole el beso.

—Sigue nevando —dijo Marta al mirar por la ventana desde donde estaba.

—Sí, parece que cae con algo menos de intensidad, pero aún continúa...

—Las carreteras, imposibles, ¿no?

—Totalmente, y además hoy que es Navidad los quitanieves seguro que no salen o, al menos, no llegarán hasta aquí, con lo lejos que estamos de la civilización... Hasta que no pare esta tormenta... —le contó él torciendo los labios.

—Tendremos que quedarnos hacinados aquí —bromeó Marta poniendo cara de fastidio.

—Totalmente incomunicados —le respondió con una media sonrisa pícaro y volvió a besarla.



## Capítulo 11

Jean y Marta estuvieron la mayor parte del día tumbados frente al fuego. A ratos en el sofá y otros en la alfombra. Pasaron las horas contemplándose, besándose, acariciándose y disfrutando el uno del otro sin importarles lo más mínimo lo que les rodeaba.

—Me encanta el color verde de tus ojos —le susurraba Jean paseando el dedo índice por el contorno de su cara—. ¿Y este pelo con reflejos pelirrojos?

—Por lo visto una abuela de mi padre era irlandesa...

—Vaya, tengo una irlandesa entre los brazos...

—Y yo un francés. —Le sonrió y le besó.

—¿Qué suerte poder pasar la Navidad así! ¿Quién me iba a decir a mí que iba a estar en tan buena compañía?

—Pues anda que a mí..., que pretendía pasarme todos estos días haciendo esquí de fondo..., y mírame, aquí tumbada entre los brazos de un chico guapísimo. —Le guiñó un ojo.

—¿Te gusta el cambio?

—Me encanta —le respondió con una enorme sonrisa.

Al escuchar estas palabras, Jean no pudo evitar besarla de nuevo, pero ahora con más intensidad. Después, sus manos recorrieron el cuerpo de ella hasta llegar a sus nalgas. Cuando la tuvo bien agarrada, la tumbó sobre él. Notar sobre su cuerpo el contacto del de ella le excitó mucho. «Hace demasiado tiempo que no estoy con una mujer», maldijo su suerte.

Marta le sonrió al notar el roce de su abultada entrepierna y mirándole a los ojos se quitó el jersey de lana rojo que vestía desde la noche anterior.

—¿Qué bonita eres, Marta! —le susurró al verla en sujetador.

—Tengo calor, ¿tú no tienes? —bromeó ayudándole a quitarse la camiseta de manga corta que llevaba.

—Mucho, y también veo que te sobran esas mallas...

—Uy, sí, sí... Ahora que lo dices... —Le guiñó un ojo mientras se levantó y se quitó las mallas sensualmente sin dejar de mirarle a los ojos.

Él cada vez estaba más excitado, y ver a Marta en ropa interior aún le excitaba más.

—Me encantas — le dijo mientras ella se volvía a tumbar a su lado. Él continuó acariciando su espalda hasta sus nalgas, ahora medio desnudas, y volvió a besarla.

Perdieron la noción del tiempo que estuvieron besándose y acariciándose. Querían conocer cada centímetro de la piel del otro, tocarla y besarla. Jean desabrochó el sujetador negro de Marta y besó y lamió sus pezones con avidez, arrancándole gemidos de placer. Marta acariciaba a la vez la espalda y los fuertes brazos de Jean. Él bajó sus besos a lo largo del abdomen de ella y continuó por su monte de Venus hasta perderse en su centro de placer. Marta no pudo contener un gemido y abrió las piernas para dejarle espacio para que su amante pudiera deleitarse y hacerla enloquecer de placer como instantes después consiguió.

Aún con el corazón desbocado, se incorporó y se sentó encima de Jean penetrándose con su miembro con ansia. Él se dejó llevar por el saber hacer de Marta, hacía tanto tiempo que no estaba con una mujer que solo podía gozar de lo que estaba viviendo. Sin duda, Marta tenía una habilidad especial para hacer disfrutar a los hombres y, en especial, a Jean, que creía enloquecer

de placer. Mientras ella cabalgaba sobre él, estalló de placer de nuevo. Él se quedó extasiado viendo como gemía por el placer que le provocaba, no pudo evitar acariciar sus pechos, que temblaban a la vez que ella se movía encima de él. Cuando Marta expulsó el último gemido de su garganta, salió de encima de él y se metió su miembro en la boca. En ese momento, Jean no pudo aguantar más, el placer y la abstinencia le superaban y acabó vaciándose en la boca de ella, que lo recibió con una sonrisa.

—Eres increíble, Marta —le susurró mientras la abrazaba sobre su pecho.

Ella se incorporó sobre un brazo y le besó dulcemente. Siguieron acariciándose durante horas, quizá, no les importaba el tiempo. Lo único que querían era estar uno junto al otro y darse placer. El resto no les importaba.

## Capítulo 12

Tras dos días de darle rienda suelta a su pasión, el veintisiete de diciembre amaneció con unos tímidos rayos de sol asomando de entre las nubes.

Marta aún dormía plácidamente entre las sábanas de la cama de Jean. Cuando él abrió los ojos y vio que la tormenta había cesado, maldijo, porque eso significaba que Marta no tendría pretexto para continuar en su casa. Sin querer pensarlo, se abrazó al cuerpo desnudo de ella para notar su piel tibia y suave. Aspiró el dulce olor de sus cabellos y se metió bajo el mullido nórdico de plumas que les tapaba. Deseaba despertar a Marta de la mejor manera que podía imaginar, quería darle los buenos días haciéndola estallar de placer.

Cuando Marta se despertó al notar el suave contacto de la lengua de él entre sus piernas sonrió.

—Cariño, ¡buenos días! —susurró Marta a su compañero del que solo veía que era un bulto bajo el nórdico.

Cuando Jean descubrió que ella estaba despierta succionó con más potencia su clítoris hasta que, unos segundos después, consiguió que estallara en un poderoso orgasmo. Cuando acabó, salió de debajo del cobertor con una gran sonrisa y el pelo alborotado.

—Buenos días, preciosa —le dijo a media voz dándole un dulce beso.

—Me encanta que me des los buenos días así —le respondió mientras se desperezaba estirándose de brazos, para luego girarse hacia él y abrazarle. —¡Oh, ha salido el sol! —exclamó Marta al mirar por la ventana mientras abrazaba a Jean.

—Sí, parece que ha parado de nevar —dijo Jean con tono triste.

—Vaya, no veo que te alegres mucho... —añadió Marta levantándose de la cama en dirección a la ventana.

—No demasiado —dijo bajando la vista.

—Así podremos salir de estas cuatro paredes...

—Ya, pero ya no tendrás pretexto para quedarte conmigo.

—¿Necesito una excusa para quedarme?

—No, solo que quieras.

—No tengo ninguna intención de irme, al menos, no por unos días. —Se giró desde la ventana y miró a Jean, que continuaba entre las sábanas.

Jean no pudo contenerse. Se levantó con prisa y fue hasta donde estaba ella y la tomó entre sus brazos. Con ella abrazada a su cuello, la levantó del suelo. Marta enrolló las piernas alrededor de la cintura de él y Jean empezó a girar sobre sus pies y ambos empezaron a reír.

Cuando todo le daba vueltas, volvió hacia la cama con Marta aún encima y se tumbaron los dos mirando al techo intentando recuperar el resuello.

—Pues ahora que no nieva, me tendrás que enseñar los alrededores de la casa, ¿no? —le dijo ella mirándole de reojo.

—Me encantaría, pero con una condición —le dijo levantando el dedo índice de la mano derecha.

—Uy, mal vamos —bromeó Marta—. A ver, dime qué voy a tener que hacer...

—Quédate, al menos, hasta fin de año. Nada me gustaría más que recibir el año nuevo contigo.

—Hecho —respondió Marta inmediatamente incorporándose y dándole la mano derecha a Jean con gesto serio.

Jean no pudo reprimir una carcajada al ver la espontaneidad de su compañera de cama.

La noche de fin de año fue Marta la que se ofreció a preparar la cena.

—Hoy me harás tú de pinche y deberás estar a mis órdenes —le dijo a Jean intentando ponerse seria, mientras él no paraba de intentar darle besos por el cuello y en la boca mientras ella hablaba.

—A sus órdenes, mi chef. Haré lo que usted me mande.

—Por lo pronto, póngase a pelar esas patatas —le dijo señalando las cuatro que había dejado sobre la encimera de la cocina—. Y después siga con esas cebollas.

—¿Con qué delicioso plato nos va a sorprender esta noche? —siguió bromeando él mientras se anudaba el delantal.

—Tortilla de patata, ¡alta cocina! —Marta rio.

—Me encanta la tortilla.

—Pues te informo de que es uno de mis platos estrella y que me sale para chuparse los dedos. —Le guiñó un ojo, mientras miraba cruzada de brazos cómo él pelaba las patatas.

—Pero tendrás morro... ¿No piensas hacer nada? —bromeó él que ya había empezado a pelar las patatas.

—Controlo como hace su faena, así que no se distraiga. —Se acercó hasta él y le dio una palmada en la nalga con gesto serio en su camino hasta el taco de cuchillos—. Va, venga, ya te ayudo y así te enseño cómo se hace...

Entre risas acabaron preparando entre los dos una jugosa y esponjosa tortilla de patatas con cebolla, que acompañaron con unos cuantos embutidos ibéricos y pan que tostaron y untaron con tomate.

—¡Cena de alta cocina! —bromeó ella.

—De alta cocina o no, me encanta —le respondió metiéndose un gran trozo de tortilla de patata en la boca.

—La verdad es que a veces los platos más sencillos son los más deliciosos...

Poco antes de que dieran las doce, Jean abrió una botella de champán gran reserva Saint-Mercier, una edición limitada que hicieron en los viñedos de la familia de Jean unos años atrás.

—Está delicioso —dijo Marta al beber el primer sorbo—. Y tiene pinta de carísimo.

—La ocasión lo merece. —Sonrió a su compañera.

Justo cuando ambos volvían a dar un trago de sus copas vieron que faltaban apenas unos segundos para que fuesen las doce de la noche.

Marta quería celebrar la entrada del año nuevo con la tradición de las doce campanadas. Pero como no tenían ni televisión ni uvas, decidieron que, por cada campanada, en lugar de comer un grano de uva, se darían un beso para dar la bienvenida al nuevo año. Y así lo hicieron.

—¡Feliz año nuevo, preciosa! —le susurró Jean cuando le dio el beso número doce.

—¡Feliz año! —le respondió dándole otro beso y levantando la copa de champán para hacer un brindis.

—¡Por nosotros!

—¡Y por esta maravillosa blanca Navidad! —añadió Marta riendo. Y chocaron sus copas y dieron otro trago del burbujeante y delicioso líquido.

## Capítulo 13

Los días hasta año nuevo transcurrieron demasiado rápido para Jean y Marta. A pesar de que el tiempo había mejorado bastante, cada día continuaba nevando durante varias horas. Aunque después, cuando despuntaba el sol de forma tímida podían salir de la casa y pasear por la nieve, pero sin alejarse demasiado, por miedo a que les sorprendiese una nueva nevada lejos.

Los quitanieves habían pasado por la carretera que llevaba hasta la casa, según pudieron comprobar en uno de sus paseos. Así que todo parecía indicar que había llegado el momento de que Marta se marchara.

—Ya no tengo más excusas para quedarme. —Marta miró a Jean con el gesto triste mientras este le abrazaba.

—Sabes que no necesitas ninguna excusa para quedarte...

—Lo sé, pero debo regresar al apartamento que alquilé y dar señales de vida, quizá crean que he sido devorada por el monstruo de las nieves o algo así. —Rio.

—Te entiendo... —le respondió con una sonrisa triste.

—Además, aunque no quiero, en algún momento he de regresar a la civilización y a mi despacho. Mi padre debe estar hecho un basilisco después de tantos días sin aparecer por el bufete.

—Bueno, tampoco se acaba el mundo...

—Ya, pero mi padre no ve más allá de las cuatro paredes del despacho, su mundo —respondió con cara de fastidio.

Mientras Marta se ponía la ropa de esquí con la que llegó a la casa y cogía sus esquís, Jean sacaba su flamante Range Rover de color negro del garaje de la casa.

De regreso al apartamento que había alquilado Marta, ambos iban en silencio. Sabían que les quedaba poco tiempo de estar juntos y todo lo que se les ocurría para decirse les parecía una tontería. Los «ya nos veremos», «me llamas cuando llegues», «nos vemos el fin de semana» les sabían a poco, les resultaban frases vacías para lo que ya se echaban de menos sin ni siquiera haberse separado.

Jean la observaba de reojo mientras conducía, y no podía dejar de pensar en cómo disfrutaba en su compañía y cómo le gustaba, pero sobre todo en cómo la iba a extrañar. Sin darse cuenta, Jean se había enamorado de Marta, quien había llegado a su vida por una carambola del destino. Ahora no sabía qué hacer con todos aquellos sentimientos que se había encontrado de forma tan inesperada.

Marta, desde su asiento, observaba cómo Jean apretaba las mandíbulas y las manos alrededor del volante. Le notaba nervioso. Estaba convencida de que llevarla hasta el apartamento y despedirse era lo último que le apetecía, exactamente cómo le sucedía a ella.

Durante aquellos diez días que habían pasado juntos, Marta había vuelto a recuperar la ilusión por estar junto a un hombre, por enamorarse y por volver a vivir la intensidad del amor.

Mientras estaba perdida en esos pensamientos, escuchó cómo su teléfono, que había vuelto a encender después de esos diez días, empezó a emitir pitidos avisándole de las muchas

notificaciones de WhatsApp y correos que había recibido. La mayoría de wasaps eran de su padre exigiéndole que regresara al despacho. Marta no pudo contener las lágrimas al comprobar que para su padre parecía que no fuese más que una simple trabajadora del bufete a la que explotar. Prefirió apagar el móvil de nuevo. No le apetecía seguir mirando el resto de los mensajes, no al menos hasta que llegase a Barcelona y estuviese irremediabilmente lejos de él.

Jean le parecía el hombre perfecto con el que compartir su día a día, pero, por lo visto, la vida no se lo permitía. Vivían lejos y ella debía regresar a casa y a cumplir con sus deberes. Desde hacía años, todo eran obligaciones en su vida. Estaba harta.

## Capítulo 14

Jean aparcó el Jeep cerca de la puerta de entrada al apartamento de Marta. Bajó del coche y la acompañó al piso.

—No nos hemos despedido y ya te echo de menos —le dijo Marta rodeando con sus brazos la cintura de él mientras subían en el ascensor. Jean le respondió abrazándole y besándole en el pelo.

—Yo también te echaré de menos... mucho —susurró él con un nudo en la garganta.

Que Marta se marchara significaba para Jean regresar a su soledad, a la compañía vacía de los huéspedes que pasaban por su casa de manera invisible, hasta que eran reemplazados por otros. Jean ya estaba cansado de su soledad, elegida pero pesada como una gruesa losa de cemento.

Marta recogió sus cosas enseguida, porque prácticamente no había sacado nada de la maleta cuando llegó al apartamento. La noche en que llegó, estaba desesperada por pisar la nieve y no pensó en nada más. Pensó que esa decisión le había llevado a un destino inesperado que, sentía que había cambiado su vida para siempre. Se había cruzado en la vida de Jean y a ella le había transformado la suya de arriba abajo, la había sacudido y puesto del revés. Pero sentía que no podía hacer nada para evitar regresar de nuevo a la realidad, a su particular cárcel.

Salieron del apartamento con el equipaje de Marta caminando muy despacio, ninguno de los dos quería llegar al coche de Marta y despedirse. No se atrevían a decirse adiós.

Jean guardó las bolsas en el maletero del BMW y volvió hasta la puerta del conductor donde le esperaba ella. Se abrazaron con ganas, entrelazando sus cuerpos como si fueran uno solo. Se besaron con pasión y se miraron a los ojos fijamente, con profundidad, diciéndose sin palabras cuánto se extrañaban sin haberse separado.

Marta arrancó el coche y se puso el cinturón. Miró por el retrovisor y vio como Jean entraba en el Range Rover, cabizbajo. Suspiró y pisó el acelerador. Ya no había vuelta atrás. Ambos iban en direcciones opuestas: Marta hacia Barcelona y Jean hacia su casa, lejos de ella.

Según avanzaba por la carretera de curvas que descendía desde las pistas hasta la autopista, Marta no podía dejar de llorar. Sentía una piedra en medio del pecho que no le dejaba apenas respirar y no podía contener las lágrimas que le caían desde los ojos hasta llegar a la barbilla.

Jean apretaba el volante con fuerza, maldiciendo en francés. Sentía que estaba cometiendo el gran error de su vida al dejarla marchar sin luchar por evitarlo.

Justo en ese momento, pisó el freno y giró el volante para tomar el sentido contrario de la carretera por la que iba. Pisó a fondo el acelerador haciendo que el Range Rover se deslizara sobre las curvas serpenteantes, avanzando a los coches con los que se encontraba en su camino. Después de un rato, de acelerones y frenazos rodeado de nieve, vio el coche de Marta a lo lejos. Cuando logró alcanzarla le hizo luces para que parase en el estrecho arcén cubierto de nieve.

Marta, al ver el coche de Jean por el retrovisor, se limpió las lágrimas con la manga de su



jersey y paró el coche.

Jean bajó de su todoterreno y corrió hacia el de Marta. Cuando la vio de pie, frente a él, la abrazó y la levantó en el aire. Hacía mucho viento y el pelo de Marta volaba alborotado alrededor de sus cabezas, enredándose entre los dedos de Jean.

—Quédate —le susurró Jean mirándole a los ojos después de besarla con ansia—. No te vayas, no soporto la idea de imaginarme sin ti.

—Nada me haría más feliz —le contestó Marta sin poder contener las lágrimas y volviendo a besarla.

Los pitidos de los coches que pasaban a su lado por la estrecha carretera en la que estaban parados les alertaron. Así que decidieron subir de nuevo a sus coches y regresar a la casa de Jean.

—Te sigo —le dijo Marta guiñándole el ojo antes de montarse en su coche.

## Capítulo 15

—Este invierno pienso disfrutar de la nieve como hace un montón de años que no hacía —le dijo Marta calzándose las botas de esquí a los pies de la pista.

—¡Cómo me gusta escucharte decir eso! Son buenas noticias para mí —le contestó Jean mientras se ajustaba las suyas y daba un beso a Marta en la punta de la nariz.

—No sé si aguantarás mi ritmo... —bromeó poniéndose los esquís.

—¿Qué apostamos?

—Si me pillas te lo digo —gritó Marta alejándose de Jean en dirección al telesilla.

Marta pasó todo el invierno esquiando en las pistas cercanas a la casa de Jean. Por el momento, podía vivir de los ahorros que tenía sin necesidad de regresar al despacho de su padre, aunque este ya le había amenazado con que, si no regresaba, no recuperaría su puesto. Sin embargo, a Marta poco le importaban las amenazas de su padre: conociéndole, sabía que no las cumpliría, y si lo hacía, tampoco le importaba demasiado.

Por el momento, solo deseaba disfrutar de la nieve en invierno y de la montaña cuando llegase el buen tiempo, y siempre de la mano de Jean. Siempre junto a él.

## Nota de la autora

Querido lector:

Si te ha gustado esta novela y quieres seguir disfrutando con otras de mis historias, te animo a que compartas tu opinión en [Amazon](#), [Goodreads](#) o en tus redes sociales.

Hablar de mis novelas es la mejor manera de ayudarme a seguir publicando.

Muchas gracias.

Inma Bretones

## Sobre la autora



Inma Bretones nació en Barcelona, ciudad en la que reside junto a sus dos hijas, sus dos gatos y su pequeña chihuahua. Es licenciada en Historia por la Universitat Autònoma de Barcelona y ejerce como profesora de secundaria. También es bloguera y escritora de novela contemporánea y romántica.

En marzo de 2019, publicó su primera novela: *Olvidate de mí*. Junto a otras escritoras también ha publicado *Vamos a contar mentiras*, un libro de relatos solidario, y *Lacras*, un libro de relatos sobre la cara menos bonita de nuestra sociedad.

Inma Bretones o Lectora de tot, tal y como es conocida en redes sociales, administra <http://www.lectoradetot.com>, uno de los blogs sobre literatura escrita en castellano más veteranos de la blogosfera actual, activo desde febrero de 2010.

Suscríbete a su lista de correo para no perderte ninguna de sus publicaciones:  
<http://eepurl.com/dvZj1v>

Sus perfiles en redes sociales son:

Twitter: @lectoradetot

Su página de Facebook: <https://www.facebook.com/lectoradetotblog/>

Su club de lectura: <https://www.facebook.com/groups/339646213144096/>

Instagram: <https://www.instagram.com/lectoradetot/>

Canal de YouTube: <https://www.youtube.com/user/MOMENTOSdeSILENCIO>

Spotify: inma\_b

*Playlist* en Spotify titulada **Quédate**, para oír mientras lees:

<https://open.spotify.com/playlist/7zF5723PsRXCZ2iwaBmTUz?si=SnQXjHOCQF-kJhUE-Gr2qg>

## Agradecimientos

Escribir es lo que más feliz me hace. Sin embargo, hacerlo sería muy difícil sin el gran grupo de maravillosas personas que me apoyan en mi día a día para que pueda hacerlo. Por esta razón, quiero dar las gracias a:

Mi madre, por estar ahí siempre, por acompañarme a todas y cada una de mis presentaciones y ser mi mayor fan.

A mi padre, porque sé que, en la estrella desde donde nos mira, está feliz al verme continuar haciendo mi sueño realidad.

A mis hijas, por sus caras de emoción cuando les explico que estoy escribiendo una nueva historia y no paran hasta que les respondo a todas las preguntas que me hacen.

A mi hermana y mis sobrinas, por su sincera admiración por mis historias.

A mis amigos, por su apoyo, por las risas compartidas y por todas las que vendrán.

A Lluís, por su amor incondicional y por aceptar compartirme con las letras.

A Víctor J. Sanz por seguir dando brillo a mis letras y por las risas compartidas.

A mis chicas Mastermind: Izaskun Albéniz, Pilar G. Cortés y Laila R. Monge, a quienes dedico este libro por su apoyo en el mundo de las letras y en el que va mucho más allá. Chicas, este libro también es un poquito vuestro, ya lo sabéis, os quiero.

A ti, lector, porque sin ti nada de esto tendría sentido.

© Inma Bretones, 2019.

ISBN: 9781710815672

Registro de la propiedad intelectual: B-2855-19

Impreso por Amazon.

Todos los derechos reservados.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico o por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de la autora. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)